

el Concilio de Sens: allí el sobervio Abeylardo, que se preciaba saberlo todo, se vió precisado à enmudecer; allí se vió la Fé victoriosa por medio de las palabras de un solitario sencillo, que no havia estudiado mas ciencia que la de los Santos, y múdo el error en boca de un Filosofo sutil, que era el hombre mas versado en las disputas de quantos havia en su siglo: esta célebre victoria nos enseña, que es muy impropio de la vana sutileza de los hombres, y mucho mas de la presumptuosa ignorancia de las mugeres, el juzgar de los Dogmas de la Fé; que la verdadera sabiduria, consiste, no en disputar, y en resistir, sino en someterse con sencillez al yugo de la Fé; y que en las materias de Religion, no se alcanza tanto, por medio de una ciencia adquirida, como por medio de la inspirada por Dios, qual fue la de San Bernardo: esta ciencia dió armas à nuestro Santo, para convertir à Gisberto de la Poireé, para confundir à Arnaldo de Brescia, y Henrique de Tolosa, y para destruir todas las profanas novedades, con que aquellos hombres querian manchar la pureza de la Fé.

O Dios mio: ¡Qué admirable sois en vuestros Santos! Quién hubiera creído, Católicos, que un solitario, que por decirlo así, no tenia mas estudio que la oracion, mas escuela que los campos, más Maestros, y Doctores que los robles, y encinas, havia de ser luz de la Iglesia, y consuêlo de la Religion angustiada: ¡Qué método tan contrario el de San Bernardo, al que siguen muchos sabios de nuestros tiempos! à éstos la oracion les distrahe del estudio, y unicamente hallan descanso en los placeres; segun

su

su dictamen, la meditacion de las cosas espirituales no merece nombre de estudio, ni el cuidado de los negocios temporales, el de distraccion: aseguran que el ayuno debilita el espiritu, y que la abundancia, y variedad de manjares le despierta; miran como diversion de los simples, la leccion de libros piadosos, y las especulaciones estériles, ò profanas, como digno objeto de los talentos sublimes: finalmente, miran la ciencia de la salvacion, como la mas despreciable de todas, y les parece estar perfectamente instruidos, con tal que solo ignoren sus obligaciones: pero aprendan en el exemplo de San Bernardo, que Dios es un Señor, que sabe excusar el trabajo à los que le consagran su tiempo, y que nosotros solamente podemos llegar à ser verdaderamente sabios, por aquellos medios que pueden hacernos Santos. Bernardo, en el piadoso silencio de una celda, en el santo horror de los bosques, y en los sublimes éxtasis de su oracion, aprendió aquella Celestial Doctrina, que nos manifiesta à un mismo tiempo la excelencia de su entendimiento, y la pureza de su corazon: la sabiduria eterna cuidó de instruirle por sí misma, corrió los velos que ocultan los mas sublimes sentidos de las escrituras para que los viese; le dirigió en el estudio de la santa antigüedad, le comunicó luz para que penetrase nuestros mas oscuros Misterios; le dictó las verdades de la Religion, y finalmente, le dió aquel espiritu de inteligencia, y aquella profunda erudicion, que le hizo ser colocado en el numero de los Santos Doctores de la Iglesia.

Esta fue, Señores, la ciencia de nuestro incom-

pa-

parable solitario; ciencia tan divina, y poderosa, que consiguió con ella confundir à los Hereges de su tiempo: tan vasta, que se halló en estado de resolver todò genero de quèstiones; tan pura, que nunca pudo sufrir la menor mezcla de error; tan sublime, que pudo llegar à la mas alta elevacion de la vida espiritual; finalmente, tan prodigiosa, que en un tiempo en que todavia eran muy barbaras las costumbres, y estaban muy poco cultivados los talentos, se vió en los escritos de Bernardo una eloquencia tan noble, que es digna de los siglos mas ilustrados.

Hasta ahora habeis admirado, Catolicos, en nuestro Santo solitario, el zelo, y la sabiduria, que le adquirieron tan grande autoridad, con los que desde su retiro hizo tan importantes servicios à la Iglesia: ahora vereis en él un Ministro Apostolico, que en medio de sus fatigas supò conservar con toda pureza el espiritu de solitario: este es el asunto de la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

UNO de los mayores elogios con que Jesu Christo honró al Bautista; fue decir, que este gran Profeta era una antorcha que ardia, è iluminaba: *ille erat lucerna ardens, & lucens*; porque como dice San Bernardo, explicando estas divinas palabras, resplandecer sin abrasar, es una vanidad torpe: *est enim tantum lucere vanum*: (Serm. in Nativ. S. Joan. Bapt. tom. 2. pag. 105.) y abrasar sin resplandecer, es propio solamente de una virtud comun; *tantum*

ardere parum; pero abrasar, y resplandecer, à un mismo tiempo, es lo sumo de la perfeccion: *ardere, & lucere perfectum*.

Esta, Catolicos, es la mas justa alabanza que yo puedo tributar à San Bernardo: hay una semejanza tan perfecta entre nuestro Santo, y el Bautista, que es muy facil conócer à ambos por unas mismas señas: Bernardo era luz, que alumbraba, y al mismo tiempo su corazon estaba abrasado con el fuego del Divino Amor: ya le habeis visto en el estado de solitario exercer los ministerios públicos de Apostol; ahora le vereis conservando en el ministerio de Apostol, el espiritu de Solitario.

Las obligaciones de un solitario, segun el mismo San Bernardo, se reducen principalmente à tres puntos; es à saber, al trabajo corporal, à la obscuridad del retiro, y al amor à la pobreza: el solitario halla en el trabajo corporal la austeridad con que mantiene sujeto el cuerpo; en el retiro, el recogimiento que eleva su espiritu; y en la pobreza voluntaria, el desasimiento que purifica su corazon: *Labor, & latebra, & voluntaria paupertas hæc sunt monachorum insignia, hæc vitam solent nobilitare Monasticam*. (Tract. de morib. & offi. Epis. II. cap. 9.) Examinad, Catolicos, à nuestro Santo en los diferentes Ministerios, que practicó en el discurso de su vida, y vereis que siempre observó una rigurosa austeridad en sus trabajos, un exacto recogimiento de espiritu en medio de sus ocupaciones, y un corazón desprendido de todos los bienes de la tierra, aun quando estaba rodeado de felicidades: vereis que conservó siempre el espiritu de soli-

tario, como si nunca hubiera salido del desierto.

Siempre conservó una rigurosa austeridad en sus trabajos corporales; y aun no sé si diga que fuera del desierto se aumentaron sus fatigas: porque, Catolicos, figuraos un hombre extenuado con los santos excesos de su penitencia, y acostumbrado al sosiego de la soledad, entregado repentinamente à largos, y penosos viages; representaos un hombre de una salud muy quebrantada, cargado con el peso de los negocios públicos, y particulares, obligado à satisfacer las ansias de innumerables Pueblos, que acuden à oír su doctrina, à consolar à los muchos enfermos, que ponen en él las esperanzas de su salud; à los presentes, que quieren oír sus oráculos, à los ausentes, que desde lexos le consultan, à los Prelados, à los Cardenales, y al mismo Soberano Pontífice, que no pueden pasar sin sus consejos; representaos todas estas fatigas en un solo hombre, y ved, si podría gozar de algun descanso.

Con todo eso, jamás intentó agravar à los demás el yugo del Señor, y aligerarle para sí mismo; nunca se quejó de sus fatigas, nunca procuró recuperar sus fuerzas por medio del sueño, ò del regalo: vivió siempre muy distante de valerse de los empleos que ocupaba, como de pretexto para recobrar su libertad, ò interrumpir su abstinencia; oprimido con las fatigas, y enfermedades, no busca mas consuelo en su ministerio, que sufrir, y padecer: si pasa de una Iglesia à otra, es por necesidad; si trabaja, es movido del zelo que le anima; si necesita descanso, le busca en la oracion; y si vive, es casi por milagro: con razon, pues, decia, que por lo que à él to-

caba, no deseaba vivir, ni morir: *Nec mihi vivero volo, nec mori.* (Epis. 144. n. 2.) Solamente la obediencia pudo sacarle de su retiro, y el zelo obligarle à abrazar el ministerio Apostolico; pero siempre conservó la austeridad del desierto, sin admitir descanso alguno en sus trabajos.

Pero lo que mas admira en nuestro Santo, es el recogimiento interior, que conservó siempre en medio de las negociaciones mas difíciles, y de las empresas mas delicadas: bien sabeis, Señores, quan difícil es, que un hombre posea su alma, quando está precisado à aplicarse à los objetos exteriores: no hablo aqui con los mundanos, pues segun dice el Apostol, el hombre terrestre, y sensual no comprehende las cosas de Dios: el mundano, entregado à los placeres, y à las vanas ocupaciones del siglo, como ama la distraccion, no la contempla como mal: hablo con las almas christianas, que están precisadas à repartir el tiempo entre unos negocios inocentes, y el cuidado de su eterna salud; estas almas conocen muy bien el peligro, que hay en entregarse à los negocios exteriores, si el hombre no procura recogerse muchas veces dentro de sí mismo: el espíritu del Señor es un soplo ligero, y delicado, al que aparta de nosotros el viento impetuoso, y por poco que el alma se distraiga, pierde facilmente la paz interior.

Pero hay algunos Santos, à quienes la gracia hace superiores à todas las reglas: el Apostol conversaba en el Cielo, no obstante las grandes ocupaciones de su ministerio; y Bernardo, al mismo tiempo que exercia unas funciones verdaderamente apostolicas, hacia de su corazon una soledad, en la que

vivia como verdadero Anacoreta: no obstante hallarse en medio del mundo, sus sentidos estaban muertos para los vanos objetos, y sus deseos siempre fijos en el Cielo: aun quando estaba encargado de los negocios mas arduos, siempre tenia libertad, para entregarse à la mas alta contemplacion: como el Angel del Apocalipsis, tenia un pie en la mar, para pacificar al mundo agitado, y otro en la tierra, para no padecer él las inquietudes del mundo; cuidaba de los hombres por su zelo, y se poseía à sí mismo por medio de su recogimiento.

on: ¿Qué Santo es este? podemos bolver à preguntar, Catolicos: ¿Tú quis es? en la soledad escribe, y trabaja para bien de la Iglesia, y en el mundo contempla, y medita, como si viviera en el sosiego de su celda. La obediencia le saca de su retiro, y al mismo tiempo su corazon está suspirando por su amada soledad; en el mundo parece que ha adquirido nuevas fuerzas, para bolver al retiro; y admira el ver que aquella incomparable obra, que compuso sobre los Cánticos, la que sin duda pedía suma tranquilidad, y profunda meditacion, habiendo sido interrumpida tantas veces, siempre fuese continuada con igual espíritu.

Al ver, pues, un Santo, tan intimamente unido con su Dios por medio de la contemplacion, y retiro interior, no me admira, que se manifestase tan indiferente en los felices sucesos, que proporcionaba à su zelo la providencia: el fuego del divino amor, que abrasaba su alma, y su profunda humildad, le quitaban absolutamente el gusto para todos los objetos, que pueden lisongear al amor propio.

Si el mundo, y la Iglesia le honran como à un Angel de paz, y de salud, procura rechazar con modestia las mas justas alabanzas: su zelo le sirve de materia para escrupulizar, y sus felices sucesos le ocasionan confusion: no piensa que la santidad de su profesion le ha hecho util à la Iglesia, antes por el contrario teme que los servicios que ha hecho à la Iglesia le hagan perder la santidad de su profesion; se aflige, se acusa en presencia de Dios, y de los hombres, y teme perder su alma, al mismo tiempo que está salvando las de sus proximos, creyendo que es tan peligroso en un Solitario el hablar, como en un Pastor el silencio.

Si se vé precisado à impugnar à Abeylardo, primero le persuade con caridad, y procura ganarle con prudente agrado, queriendo mas tener el consuelo de persuadirle en secreto, que la gloria de convencerle en público: si ha de hacer patentes los errores de Gisberto de la Poirée, publica al mismo tiempo el merito de su sumision, usando de unas voces, que mas parece haver sabido aquel Prelado vencerse à sí mismo, que ser su victoria efecto del zelo, y sabiduria de Bernardo: si se atreve à dár consejos al Sumo Pontifice Eugenio, respeta en él al Ungido del Señor, y al Principe del Pueblo Christiano, pero al mismo tiempo, como Siervo fiel, separa su veneracion de la lisonja, y como humilde Religioso, procura librar à su zelo de la nota de temerario: manifiesta à Eugenio los peligros de su dignidad, y al mismo tiempo ensalza sus preeminencias; si se acuerda que el Papa fue su hijo, y su discipulo, como Religioso, no se olvida de que este mismo Religioso, es

ahora su Padre, y su Maestro, como Papa; y manifestando en los elogios que le hace el amor, y el respeto de un hijo para con su padre, dá tambien à entender en sus reconvenciones el amor de un padre para con su hijo.

Si exerce el ministerio de la divina palabra, no le mueve el vano deseo de ser aplaudido, y solo aspira à la instruccion, y conversion de sus oyentes; no trabaja su discurso en conuinar ideas, ni su memoria en buscar frases esquisitas; el espiritu de Dios, que reside en su corazon, se manifiesta por su boca: si solamente hubiera aspirado à lucir en sus discursos, es indubitable que tenia un talento sobresaliente para conseguirlo; sus escritos están llenos de tanta delicadeza, que claramente se vé en ellos, que no hubiera tenido necesidad de caudal ageno, para grangearse los aplausos de su auditorio con aquellos ingeniosos adornos retóricos, que mas sirven de cebo à la curiosidad vana, que de pasto util à los oyentes; pero enemigo de toda afectacion, anunció siempre las verdades, que havia aprendido en la soledad con sencillez, y eficacia; y semejante à San Pablo, hubiera rasgado sus vestidos, si huviese encontrado Lycaonios, que quisiesen ofrecerle incienso, como à Dios de las palabras.

Si el fin de su ministerio hubiera sido llegar à poseer algun dia la dignidad de Apostol; si solamente hubiera mirado la Catedra de Moyses, como escalon para subir mas alto, no hubiera dejado de admitir alguno de los muchos Obispados, que le fueron presentados, ni hubiera renunciado la Silla de Milan, en la que tanto por su eloquencia, como

por su santa libertad en reprehender los excesos de los Soberanos, se hubiera manifestado digno sucesor de Ambrosio; pero, à imitacion del Profeta, solamente deseaba ser despreciado en la Casa del Señor, y temia tanto la dignidad Episcopal en sí mismo, quanto la respetaba en los demás.

Pero acaso juzgareis, Señores, que aunque descuida tanto de sus propios intereses, no abandonará los de su Monasterio; porque hay cierta especie de codicia sutil, que se disfraza con el nombre de precaucion prudente, y sabe conciliar la pobreza del particular con la riqueza del comun; pero no, Bernardo no dá lugar en su corazon à estas sutilezas; ¿qué beneficios no podia esperar del agradecimiento del Papa Inocencio, à quien tan gloriosamente havia mantenido en el Trono Pontificio, y del afecto del Papa Eugenio, que antes havia profesado su Regla? ¿qué ocasion mas favorable para pedir gracias, que aquella en que estos dos Pontifices honraron su Monasterio con su presencia? Pero entonces conoció el mundo que los Discipulos de Bernardo, lejos de querer hacerse odiosos con la posesion de las riquezas, miraban la santa pobreza como su mayor felicidad; porque persuadidos à que la modestia, la sencillez, el recogimiento, y la frugalidad, son los verdaderos tesoros de los Religiosos, todas las demostraciones de alegria, y toda la pompa con que en estas dos ocasiones recibieron à los augustos huespedes, se redujo, à que estos admirasen en ellos estas virtudes: los discipulos de Bernardo tenían cerrados los ojos para no ver la vanidad, y magnificencia del mundo; y los hombres del mun-

do apenas tenían ojos para ver, y admirar las virtudes de los discipulos de Bernardo: los Cortesanos envidiaban la suerte de los Solitarios; el mismo Papa Eugenio, dando un admirable exemplo de humildad, ocupa el mismo puesto que antes le correspondia entre sus hermanos, y practica las austeridades de su antiguo estado, no obstante estar revestido de la suprema dignidad.

¡Ah, Catolicos! ¡qué digno hubiera sido de lastima nuestro Santo, si hubiera puesto su esperanza en los hombres, y si hubiera vivido unido a los Papas, ò por gloriarse vanamente de su privanza, ò por grangearse sus favores! ¡qué presto se hubiera visto desengañado! no sé si me atreva à proponer la prueba de esta verdad; pero el piadoso Cardenal Baronio dejó ya notado en sus Anales, (*ad an. 1043.*) que el Papa Inocencio, que debia la Tia-
ra à los trabajos, y aun no sé si diga à la proteccion de nuestro Santo, se entibió muy presto para con su bienhechor: Bernardo emprehendió los mas asperos viages por el servicio de Inocencio, pero éste empezó à cansarse de las frequentes cartas de Bernardo, y à dár algunas muestras de su disgusto; en lo que se vé, exclama el mismo Cardenal con el Profeta David, lo fragil que es la esperanza que pone el hombre en los Príncipes, y potestades del siglo; pero como el zelo de Bernardo fue siempre desinteresado, como siempre havia empleado todo su credito à favor de la Religion, de la inocencia, y de la justicia, padece esta desgracia con una resignacion modesta, y religiosa, persuadido à que pierde muy poco el que pierde la gracia de un hombre mortal.

Nues-

Nuestro Santo pudiera decir, que el que contrahe amistad con los Grandes del mundo, se carga de un gran peso, y que estos consumen las fuerzas de los que los sirven, para abandonarlos luego que no los juzgan necesarios; pero no, Catolicos, la virtud de nuestro Santo Solitario le hace superior à los prosperos, y adversos sucesos; y lejos de quejarse del desvío del Papa, se acusa à sí mismo de indiscrecion.

No me parece, Señores, que es necesario referir los grandes milagros con que el Señor se dignó honrar el Monasterio de nuestro Santo: el mismo San Bernardo es el mayor de todos los milagros: cada vez me parece Bernardo mas incomprehensible; y confieso, que despues de haverle examinado muy atentamente, me veo precisado à dár fin à este discurso, bolviendole à preguntar, *tú quis es?* A la verdad, parece, Señores, que el mismo Santo se retrató à sí mismo, quando dijo, que el hombre verdaderamente perfecto es aquel, que siempre es agradable à Dios, util al proximo, y que cuida de sí mismo: *Placens Deo, cautus sibi, utilis suis.* (*Serm. 57. in Cant. Cant. n. 12.*) Pero ¿cómo pudo exercer el ministerio de Apostol en lo mas escondido de la soledad, y vivir como Solitario, en medio de las mas penosas funciones del ministerio Apostolico? ¿cómo pudo parecer à un mismo tiempo tan contrario, y tan semejante à sí mismo? no lo alcanzo, Señores; pero me parece, que le puedo aplicar lo que él mismo dice de aquellos famosos, y antiguos Caballeros, que sabian unir tan perfectamente la Profesion Religiosa con el Arte Militar, esto

-Tom. IV.

Rr

es,

es, que la alianza de las qualidades más opuestas en la apariencia, es tanto más admirable en él, quanto es más rara: *Quis hoc non estimet omni admiratione dignissimum, quod adeo liquet esse insolitum. (In exort. ad Milites Templi. cap. 1.)*

Desde luego aseguro, que todos los mundanos convendrán con migo en decir, que nuestro Santo es incomprehensible; para poderse persuadir de este modo à que es inimitable; porque los Christianos de nuestro siglo no anhelan por la virtud, y por la santidad: no los mueven los grandes exemplos, porque los miran como superiores à sus fuerzas; y como no sienten emulacion de las virtudes de los Santos, oyen sus elogios con indiferencia.

Pero esto, Señores, es un error muy bárbaro: en Bernardo tenéis muchos exemplos que poder imitar, los que os debéis proponer como regla de vuestras acciones: ¿qué lecciones de precaucion, y vigilancia no nos dá, todos, quando en su edad florida, en aquella edad en que el hombre solamente apetece los placeres, se arroja en un estanque elado, para apagar la impura llama, que siente encenderse en su corazón al acordarse de un objeto agradable? ¿no debéis vosotros, Católicos, temer el peligro que os amenaza en esas concurrencias profanas, en que con tanta libertad se explican sus afectos las personas de ambos sexos? ¿con qué energía no exclama contra las vanidades del mundo, al tiempo que se retira al desierto? ¿no nos dice, que en el mundo no se halla cosa alguna, que sea digna de un christiano, que sus alhagos son nuestra verdadera infelicidad, que para despreciarle basta

conocerle, y que si no tenemos valor para huir de él, à lo menos debemos mirar como sospechosos sus atractivos? ¿qué argumento para nuestro regalo, y nuestro lujo, las rigurosas austeridades con que castiga su inocente cuerpo? ¿no nos manifiesta en esto la injusticia de nuestro procedimiento, en rebelarnos contra la Penitencia, estando, como estamos, cargados de delitos? Cotejad, Señores, su retiro con vuestra distraccion, y vereis, que ya que no apague del todo en vosotros la fé, el olvido de Dios, y de vuestra eterna salud, à lo menos destruye toda la piedad christiana: sin duda, Católicos, que temblareis à vista de un modelo tan singular; convengo con vosotros en que no estais obligados à llegar à tan eminente perfeccion, pero à lo menos permaneced fieles en vuestra obligacion, y cuidad mucho de que acaso, por no querer ser perfectos, permanecereis siempre pecadores: à ningun Santo le ha parecido que era excesiva su perfeccion: es tal nuestra flaqueza, que aun las mayores precauciones no suelen alcanzar para preservarnos de caer, ni el mas vivo fervor para merecernos la eterna recompensa, con que Dios premia à sus escogidos en la Gloria, *Ad quam, &c.*

(*) El Autor en una religiosa enfermedad ofreció à Dios predicar el Panegyrico de nuestra Santa en su Beatificacion.